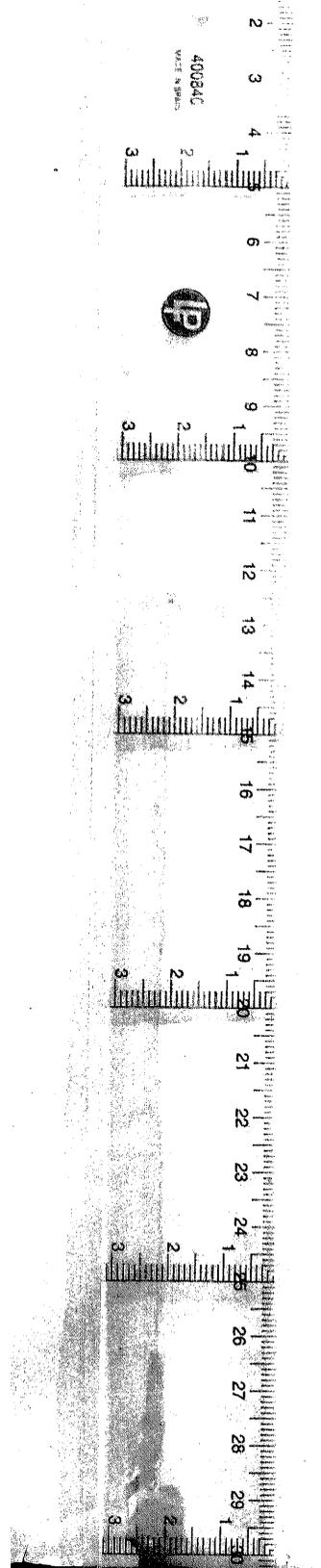


SERMON DE LA TOMA DE GRANADA.

1881.



SERMON DE LA TOMA DE GRANADA.

1881.



22722

1811

SERMON

QUE EN EL ANIVERSARIO

DE LA

CONQUISTA DE GRANADA

PREDICÓ

en la Santa Iglesia Metropolitana de esta Ciudad

EL DÍA 2 DE ENERO DE 1881

EL DOCTOR

DON FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ,

DEAN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JAEN,

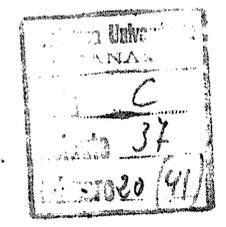
CAPELLAN DE HONOR HONORARIO Y PREDICADOR DE S. M

*Al Excmo. Sr. D. Juan Jacinto Riano, Director
General de Instrucción pública, eminente literato
y publicista, en testimonio de respetuosos afectos.*

El Autor


Impreso por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento.

(Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.)



GRANADA
IMPRESA DE F. DE LOS REYES
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Alta del Campillo, 24 y 25
1881

Qui sequitur justitiam et misericordiam
inveniet vitam..... et gloriam.

*El que sigue la justicia y la misericordia
hallará vida..... y gloria.*

(Proverb. XXI. -21.)

¡SANTA Religion Católica, religion divina, religion de esperanza y amor, bendita seas! Yo he venido aquí hoy para ensalzar tus glorias, y es justo que comience por saludar tu nombre, y por decirte con este pueblo escogido que nuestra fe te adora, que nuestro corazón te ama, que nuestro pensamiento y nuestra voz son especialmente tuyos en este hermoso día. Te adora nuestra fe, porque eres hija del cielo, concepcion de la Sabiduría Increada, Verbo del Verbo de Dios, dádiva generosa de la Caridad de Cristo. Te ama nuestro corazón, porque eres como el aliento y la vida de esta hidalga tierra de España, tierra donde nuestros padres nacieron, y cuyo suelo está fecundizado con sus sudores, regado con sus lágrimas y ennoblecido con sus cenizas. Nuestro pensamiento y nuestra voz quisieran hoy para tí sus armonías más puras, porque tú fuiste la verdadera libertadora de esta Ciudad querida, en cuya privilegiada zona las montañas que la dominan, los ríos que la atraviesan, los valles que la embalsaman, las auras que la acarician, los monumentos que la embellecen, y esas columnas, este arco, esas creaciones del genio, todo nos habla de tí como de nuestra protectora y nuestra madre. ¡Santa Religion Católica, religion sublime, religion celestial, única religion verdadera, bendita seas mil veces!

Excmos. é Ilmos. Sres: La gloria imperecedera de este venturoso día es una gloria exclusiva del amoroso consorcio de la Religion y de la Patria, y el hombre en cuyo pecho no latán al unísono estos dos santos amores no puede tener cabida en estas sagradas naves. No; aquí no hay puesto para el filósofo que sostenga la negacion de un Dios real y viviente, ó que, admitiendo un Dios personal, rechaze su intervencion constante en la marcha de los siglos: esta es la obra de la Providencia, es decir, la obra de un Dios que vive, de un Dios que vela, de un Dios que



ama. Aquí no hay puesto para el Comunista impío, que ha llamado á la patria *nombre vano*, porque dice pertenecerse á la humanidad, palabra que es en él una noción abstracta, un ídolo temeroso, que encubre todo linaje de aborrecimientos y maldades: esta es la obra del patriotismo que se nutre de la fe, y que sabe sentir y amar hasta la abnegación, y los impíos no creen, ni sienten, ni se sacrifican. Ni tampoco hay puesto en este Aniversario para aquel que no sea hijo sumiso y fiel de la Iglesia Católica, porque á la empresa memorable de la Conquista de Granada por los egregios Reyes Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla han contribuido los Pontíficos de Roma con sus liberalidades, las Naciones de la Católica Europa con sus fervorosos cruzados, la Comunión de los fieles con sus plegarias, el Sacramento de la Penitencia con sus misericordias, y la Eucaristía con sus inefables ternuras.

Nosotros vamos á registrar hoy la historia desde las alturas de la fe: que este día, Señores, tan ardentemente amado, debe ser asimismo perfectamente comprendido. En esa complejidad de ideas y de acontecimientos que nos presenta la historia; en esa serie de evoluciones y tendencias que á veces parecen contradecirse, la ciencia incrédula nunca alcanzará á ver sino anillos aislados y promesas sin concierto, cuando no sean soluciones fatalistas, de las cuales no es posible sacar para el hombre y para las sociedades enseñanzas elevadas ni consecuencias provechosas. Pero el criterio verdaderamente católico, esclarecido por luces sobrenaturales, llega hasta á apoderarse de la plenitud de la verdad histórica; porque la ciencia de la historia y lo mismo todas las ciencias humanas, vienen á ser á manera de astros secundarios que gravitan en torno de la fe divina, dejándola descubrir sus hermosuras y penetrar en sus secretos. Así se explica bien, Sres. Excmos., que aquel gran génio católico que señaló tan luminosamente la acción providencial de Dios en los destinos del mundo, el inmortal Bossuet, haya sido reconocido, aún por los mismos enemigos de la Iglesia, como el creador indiscutible de la Filosofía de la Historia (1).

Yo no he encontrado hoy palabras más adecuadas para aplicarlas al hecho inolvidable que nos congrega en este lugar santo, que esta lección bellísima del Libro de los Proverbios: «El que sigue la justicia y la misericordia hallará vida... y gloria.» *Qui sequitur justitiam et misericordiam inveniet vitam... et gloriam.* Intentaré, por tanto, demostrar estas dos conclusiones.

(1) Llamamos de este modo al águila de Meaux, siguiendo á sus panegiristas y á sus admiradores, y refiriéndonos al desenvolvimiento y generalización de esa clase de estudios en los modernos tiempos. Pero no ignoramos que el honor de haber creado la Filosofía de la Historia—*ciencia nueva*, traída al mundo por el Cristianismo, y que los racionalistas intentan hoy convertir contra él, como dice el sábio Obispo de Córdoba, Fr. Celerino Gonzalez, en su *Historia de la Filosofía*—perteneció de rigurosa justicia á San Agustín, que, trece siglos antes de escribirse el *Discurso sobre la historia universal*, la enseñó y la expuso en los doce últimos libros de la *Ciudad de Dios*, con perfecta unidad de pensamiento y solidez incomparable de doctrina.

I. *La Conquista de Granada nos manifiesta unidas en muy estrecho lazo la justicia y la misericordia.*

II. *Esta alianza de la misericordia con la justicia hizo de la Conquista de Granada un resorte eficaz de vida y de grandeza para España y para el mundo.*

Al ocupar yo de nuevo, despues de tantos años, esta Cátedra augusta; al contemplar esos sitios tan amados, en los que pasé mi juventud; al fijarme en esos bancos de honor, donde ya sólo distingo á dos de mis maestros; al mirar á ese Pastor sábio y dignísimo, que pone en mi memoria el recuerdo de aquel padre bondadoso, de aquel apóstol de caridad que le precedió en su Silla, y de quien todos, cual más, cual ménos, recibimos mercedes, las lágrimas se asoman á mis ojos, y yo quisiera derramar sobre vosotros mi corazón y mi alma, poseidos en este instante solemne de todos los sentimientos que regeneran y purifican. Ayudadme, pues, á implorar las gracias del Altísimo, por la mediación de la Santísima Virgen María, á la cual saludaremos con el Ángel:

AVE GRATIA PLENA, ETC.

I.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

La Iglesia de Jesucristo, que ciñe con una aureola divina la sien de los pacíficos, no podía menos de deplorar profundamente las guerras, copia fatal, consecuencia necesaria y tristísima de las luchas interiores de nuestro corazón, herido del pecado y combatido por las encrespadas olas de todas las pasiones. Pero como al mismo tiempo la Iglesia proclamaba, á la faz de un mundo que solo se componía de opresores y de esclavos, las ideas de la verdadera libertad, de la justicia y del derecho, ella no debía reprobear en absoluto la guerra, que puede ser más de una vez el medio eficaz y único de defender y salvar aquellos objetos venerandos. El Cristianismo, en cambio, esforzóse desde luego en hacer que el guerrero adorase al Dios de los Ejércitos; desplegaba la solicitud más tierna en perfeccionar el derecho de gentes; hacia de sus Pastores los padres de los pueblos; definía con San Agustín las guerras justas; recomendaba incosantemente la moderación en la victoria; fulminaba sus anatemas contra los vencedores sin piedad; hacia guardar la *Paz de Dios*, la *Tregua de Dios*, en ciertos días, en determinadas estaciones, en todas las grandes solemnidades; y vino confirmando

sus decisiones y sus máximas, hasta que con ellas formó despues Gregorio IX un Título de sus Decretales (1).

Y el guerrero, Señores, devolvió prontamente á la Iglesia en respeto y amor lo que de ella habia recibido en enseñanzas y oraciones. Así podemos ya admirar en los primeros siglos á aquellos guerreros sacrificados en la Italia por Cláudio el Gótico, y á aquellos héroes de la legion tebánea que ayudaron á vencer á los terribles Francos. Así el primer César que recomienda la alianza de la justicia con la misericordia sobre los campos de batalla es el primer Emperador cristiano. Así de los terribles conquistadores del Norte, que ejecutaron tantos actos de bárbara crueldad, el Cristianismo hará salir á Clodoveo, Recaredo y Carlomagno: y el guerrero, en vez de laureles empapados en sangre inocente y lágrimas conmovedoras, podrá ceñir mil coronas de gloria que sean un justo título á la admiracion de la posteridad. Ahora bien, Exemos. Sres.; las más envidiables de esas glorias fueron alcanzadas por nuestros antepasados, defendiendo el más santo de los derechos.

Érase el siglo VII; siglo que puede llamarse de oro entre siglos de hierro; siglo colocado entre dos grandes barbaries, la barbarie del Norte, que arrojaba sus cien pueblos Germanos al otro lado del Rhin, por el puente de Basilea ó sobre las fronteras de la Austrasia, y la barbarie que ya asomaba por el Mediodía y el Oriente. Domina en ese siglo la noble figura de San Gregorio el Magno, que habla á la Iglesia Griega y la subyuga; que mira hácia la España, y acelera la conversion del Visigodo; que vuelve sobre la Italia, y gana al Lombardo para la fe de Cristo; que se dirige á la Inglaterra, y hace que el Sajon se incline ante la belleza de la eterna luz. (2) Y, como elevándose bajo su proteccion y su memoria, vemos al Papa Adeodato, que, al besar con-

(1) El autor de este discurso se hubiéramos complacido en explicar con más detenimiento las hermosas doctrinas de la Iglesia Católica acerca de la guerra; pero temió dar á su trabajo mayores proporciones de las que consentian la conveniencia y la costumbre. Á aquellos que deseen profundizar en tan interesante materia, bebiendo en puras y saludables fuentes, los remitiremos al Conde José de Maistre, (*Les soirées de Saint-Petersbourg*) que, lamentando los horrores de las batallas y los mil sangrientos episodios de esa eterna tragedia, considera la guerra bajo sus diversos aspectos, pero haciéndola entrar siempre en los designios del Señor, que sabe sacar el bien del mal, el orden del desorden, la vida de la muerte; llegando aquel grande hombre hasta llamar á la guerra *fenómeno divino*, por ser frecuentemente extraño al odio y á la cólera, y hacer que el hombre realice con inexplicable entusiasmo lo que causa pesadumbre y horror á los sentimientos de su naturaleza. Son tambien por todo extremo luminosos los pensamientos de San Agustín en sus Epístolas á Dario y Optato, y en el Libro III *De Civitate Dei*, donde llamaba á las guerras *optima epula inferiorum*; las graves reflexiones de Vicente de Beauvais, (*Speculum Morale*) que llama á la guerra *la hija de la cólera*; los Cánones del Concilio de Arlés, que tanto se ocupó de la profesion del soldado; y los notables razonamientos teológicos del Cardenal Roberto Belarmino para refutar el error de los cuáqueros, que odiaban la carrera de las armas.

(2) Le Cardinal Pitra, *Histoire de Saint Léger et de l'Église des Francs au septieme siecle*.

movido á un leproso, le sana de repente; á Mauricio y Constantino IV, que luchan valerosos contra los enemigos de la fe; á los Longobardos Ariberto y Bertarido, que brillan entre los más fieles hijos de la Iglesia: y en la España Goda, Señores, al piadoso Sisebuto, que edifica templos; á Sisenando, que convoca Concilios; á Recesvinto, que reina en los corazones; á Ildefonso, cantor sublime de las glorias de la Madre de Dios; á Isidoro de Sevilla, en fin, el dulce amigo de Gregorio el Grande, grande tambien como él, y que habia de iluminar los siglos con los destellos de su santidad y su sabiduría.

Pero entre tanto que esto acontecia en Occidente, allá en el suelo de la Arabia, en la tribu de los Coreiscitas y de la familia de Haschem, surgia un hombre funesto, cuyos ejércitos habian de recorrer las dos terceras partes del mundo conocido. La naturaleza le quiso hacer hermoso; la educacion le hizo intrépido; la ambicion le hizo astuto; la soledad pensador; la riqueza soberbio; y sintiendo que corria por sus venas la sangre de Abraham, y que se auidaba en su corazon la osadía de Ismael, y encontrando cerca de sí, ya pueblos que suspiraban por una esperanza querida como el pueblo hebreo, ya pueblos divididos como el pueblo persa, ya pueblos donde la rivalidad de las tribus rayaba en el delirio como el pueblo árabe, ya imperios enervados por el sofisma como el imperio griego, Mahoma, Señores, soñó con una religion nueva; creyó ó fingió creer que le hablaban los ángeles, y se declaraba apóstol y profeta. Los sarcasmos inflamaron su cólera; los ultrajes le infundieron arrogancia; las *Suras* de su Coran le suministraron prosélitos; la persecucion le rodeó de prestigio; la emulacion de dos ciudades le dió combatientes; y llamando mártires á los que morian á su lado, y prometiendo á sus sectarios todos un paraíso de placeres, cuando ese hombre terminó su existencia, habia avanzado ya con sus armas hasta las fronteras de la Siria y hasta los primeros baluartes de la dominacion bizantina.

Muerto Mahoma, Kaled conquista la Siria, y sobre el templo de Salomon es construida la mezquita de Omar. Las tropas de Otman llegan en Persia hasta la antigua Bactriana, donde sucumbe el último de los Sasánidas. Amrú invade el Egipto, penetrando hasta la ciudad de los Faraones. Abdallah consigue vencer en Tripoli al Exarca Gregorio, muerto á manos del audaz Zobeir. Hassan concluye á la vez en las cercanías de Útica con los defensores del Bajo Imperio y con los altares cristianos. Muza seduce á los Bereberes, vence á las tribus errantes del Zahara, y más afortunado que Akbar, que, poco antes de él, azotaba las olas del Atlántico y decia: «Si no me detuviera este mar, yo conquistaria el Occidente (1),» logra que los guerreros de Tarik poseen su planta sobre las playas españolas; y batallando con fanática furia en las márgenes del Guadalete, derriba de un solo golpe, con la cabeza del infeliz Rodrigo, aquella monarquía goda que, hacia precisamente tres siglos, habia fundado Ataulfo. Pero ¡ah! Señores: la Pro-

(1) César Cantu, *Hist. Univ.*, libro IX, época IX, cap. V.

videncia es como el sol: cuando parece ocultarse á nuestra vista, es porque va á alumbrar otras regiones, y ella volverá pronto. ¡Héroes del mundo, naciones de la Europa, generaciones elegidas, venid á contemplar la idealidad de la justicia y de la gloria en la santa defensa de mi patria!

Los hijos de Iberia se replegaron hácia los riscos de Astúrias, jamás pisados por plantas extranjeras. Su afán mayor era el de conservar sus altares, y al pié de la cruz renació su energía y su primitivo entusiasmo. Yo, Señores, quisiera aquí enseñaros, destello por destello, las irradiaciones de aquel foco de luz que lanzó Pelayo con su fé á treinta generaciones de reyes. Yo no renunciaré sin honda pena á seguir día por día, jornada por jornada, victoria por victoria, aquellos célebres períodos que, viendo ensancharse otra vez nuestro dominio desde el Duero hasta el Tajo, desde el mar Cantábrico hasta el Duero, desde el Duero hasta el Tajo, desde el Tajo al Guadiana, desde el Guadiana al Bétis, del Bétis al Guadiaro, se cierran siempre con el exterminio de una raza agarena: en Calañazor con el Ommiada, en Toledo y Calatrava con el Almoravide, en las Navas de Tolosa con el Almohade, con el Benimerin en las orillas del Salado.

¿Y cuál, decidme, cuál era el secreto de nuestros ruidosos triunfos, cuando parecía que las arenas del desierto y las hojas de las datileras del Atlas se convertían contra nosotros en terribles guerreros? ¡Ah! Era que aquella fe que había inculcado en nuestra inteligencia y nuestro corazón el Apóstol Santiago brillaba en todos sus fulgores. Era que el Apóstol mismo, el hijo del rayo de la diestra de Dios (1), descendía para combatir al lado de Alfonso el Casto en Bureba, de Ordoño I en Soria, de Alfonso el Magno en Coimbra, de Ramiro II en Simancas. Era que bajo el amparo y la influencia de la Iglesia surgió el órden de la Caballería, el cual imponía á sus miembros, como á manera de Decálogo, diez deberes sagrados, que encerraban lo más sublime de la religion, lo más delicado del sentimiento, lo más severo de la virtud, lo más increíble del heroísmo (2). Era, en fin, que esta institucion sor-

(1) *Boanerges*, (hijo del trueno) le apellidó Jesús: *Marc.* III, 17. Nosotros no hemos aquí de discutir con la incredulidad y con la ciencia crítica moderna si se realizaron todas las apariciones del Apóstol en que creyó la fe de nuestros padres: mas si consignaremos que aquella denominacion peregrina basta á la fantasia para adivinar al protector decidido que se invoca en la víspera de los combates y se divisa entre el fragor de las batallas.

(2) Hé aquí los diez deberes impuestos al que era armado Caballero, segun que se consignan por varios escritores. I. Observar cumplidamente toda la ley de Cristo. II. Proteger la autoridad de la Iglesia. III. Respetar y defender á los débiles, con especialidad á la doncella, la viuda y el huérfano. IV. Declarar á los enemigos de la verdad una guerra sin tregua. V. No manchar jamás los labios con palabras de mentira. VI. Guardar castidad. VII. Obedecer al superior, siempre que sus mandatos no se opongan á los preceptos divinos. VIII. Ser humilde. IX. No retroceder nunca en los combates. X. Ser caritativo y afable para con los pobres.

Un hombre de muy distinguido mérito de la Francia Católica, Luis Veuillot, se

prendente y conmovedora alcanzaba su expresion más perfecta en la creacion de las Órdenes Militares, compuestas de hombres admirables que eran al par monjes austeros y soldados heróicos, y—para usar de las inimitables frases de San Bernardo—«que presentaban un cuerpo rodoado de una coraza de hierro, al que infundia vigor y aliento una alma revestida de celestial armadura (1).» ¡Oh, cuántas veces la Cruz encarnada ó la Cruz verde sobre el manto blanco decidieron en nuestra patria el éxito de las batallas contra los agarenos!

La causa de España, Señores, se había hecho la causa de la Cristiandad, casi pudiéramos decir la causa del cielo, y la Providencia Divina dejaba vislumbrar, cada vez más claramente, los arcanos de su Justicia y de su Amor, adorables Atributos que mantienen siempre viva en los corazones religiosos la llama de la esperanza. Para patentizar mejor este aserto, vosotros habeis de permitirme que yo quiera fijar por muy cortos instantes vuestra benévola atencion en el grandioso cuadro que ofrecía nuestra patria al comenzar el siglo XIII.

Aquellos valorosísimos monarcas, que, durante largos años, habían venido consumiendo su fuerza y sus tesoros en intestinas luchas, dieron, por fin, entrada en su alma á estas dulcísimas frases de la Iglesia, repetidas sin cesar por la boca de sus Pastores: «La paz sea con vosotros,» y para hacer más duradera y fecunda esa concordia feliz, levantábase la respetada voz del Papa Inocencio III, que proclamaba en toda Europa una Cruzada eficaz contra los moros de nuestra península. A contar desde esos días de fervor y de celo, los hijos de la España cristiana pudieron divisar ya en lontananza la aurora del día de su libertad y el término de sus desdichas. ¡Oh! Dejad que yo recuerde á la admiracion de los siglos los nombres de los excelsos reyes que llenan con su fama aquel hermoso período de más de medio siglo: Alfonso VIII, Jaime I, Fernando el Santo! Alfonso VIII, que aniquilando las inmensas huestes de Muhamad Alnasir dejó como resuelta la causa del Cristianismo contra el Islám, de la civilizacion del mundo contra la sensualidad y el fatalismo de la religion musulmana; Fernando III, conquistador de aquella renombrada Córdoba, que había alcanzado tan exuberante cultura con los Alhakem y los Abderrhmanes; de la trisueña *Hispalis*, llanura feraz y deliciosa, amada siempre de Emperadores y Reyes; de la antigua *Aurigi*, protegida por sus empinados cer-

dolla, no ha muchos años, con demasiada vehemencia de la sátira implacable de Cervantes contra la profesion de la Caballería. No tienen, sin embargo, bastante fundamento sus acerbas censuras. Cervantes se propuso únicamente ridiculizar á los héroes de tantas aventuras fabulosas y tantas hazañas inverosímiles como se consignaban en las mil leyendas y romances de su tiempo: pero aquel hombre extraordinario, tan amante de la religion y tan apasionado de lo tierno y de lo bello, no pudo querer mofarse de la institucion de la Caballería, considerada en sí misma, y que, llena del espíritu y de los sentimientos de la Iglesia, contó dentro de su seno á aquellos piadosos y bravos paladines de la primera Cruzada, de los tiempos de San Luis y de todo el decimotercio siglo.

(1) *Exhortatio ad milites Templi.*

ros y sus macizas fortalezas: Jaime I de Aragón, por último, que llevaba sus armas triunfadoras á las Islas Baleares; á Murcia, cuyo reino cedía generosamente á Alfonso X, y á la gentil y pintoresca Valencia.

Y bien, Excmos. Sres: si quereis conocer á fondo el gran secreto de esos genios privilegiados de la batalla y de la guerra, de esos colosos de la verdadera gloria, yo os diré que ese secreto es creer, orar, confiarse á la Providencia de Dios en los días de la desgracia y de la prueba, perseverar sin desmayo hasta obtener el triunfo, y despues de la victoria tender la mano al vencido y elevar al cielo sacrificios Eucarísticos. Por eso, segun su vida es su fin; y nosotros les veremos, cuando exhalan el último suspiro, ya como Alfonso VIII, cerrar piadosamente los ojos entre las preeces y las bendiciones de un Prelado insigne; ya como Jaime I, repetir las palabras de Cristo Nuestro Salvador en la Cruz; ya como Fernando el Santo, arrojarlo del lecho para recibir el último Viático, á fin de dar humilde testimonio de que su grandeza era humo ante la majestad del *Rey de Reyes y Señor de los que dominan*. (1)

Y además de los nombres que he citado, ¡cuántos otros, interesantes y famosos, han cruzado por mi imaginacion en este rapidísimo exámen de la historia! Alfonso el Católico, Fernando el Grande, Sancho Ramirez, Alfonso VI, Alfonso VII, Sancho el Fuerte, Alfonso XI, entre los príncipes; y entre los caudillos de más arrojo y esfuerzo, Bernardo del Carpio, Fernan Gonzalez, Armengol de Urgel, Rodrigo de Vivar, Alvar Fañez, Alvar Nuñez, Garcí-Perez de Lara y Guzman el Bueno, no enumerando sino los más populares. ¿Dónde, os preguntaré ahora, podremos encontrar los sucesores de esos héroes? ¿Dónde hallaremos el elevado temple de sus almas, la pujanza de su brazo, la rectitud de sus corazones? ¡Oh! No es difícil, Señores. Vamos á admirarlos al punto en los campamentos de Isabel I y de Fernando V.

Isabel I de Castilla es, sin duda, la más noble figura de nuestra historia nacional. En los días de la adversidad, jóven y hermosa supo resistir el ejemplo de una Corte corrompida: sola, sin experiencia ni consejo, no vaciló en rechazar el esplendor de una corona. Cuando legítimamente llegó á sentarse sobre el trono, Isabel es la inteligencia que concibe todo lo grande, el corazon que ama todo lo bueno, la voluntad que ejecuta todo lo justo, la constancia que todo lo vence, la prudencia que todo lo previene, la caridad que todo lo santifica. Si la consideramos como mujer, encanta; si como amiga, instruye; si como reina arrebatada y merece todas las bendiciones. La muerte de aquella mujer incomparable dijo, Señores, cuánto valia su vida, y su testamento está aún declarando al mundo todo lo que valia su alma.

Al lado de una mujer como Isabel I, Fernando no pudo menos de ser un Príncipe digno: él no se hubiera hecho acreedor á las censuras

(1) I Tim. VI, 15.

de la historia, á no faltarle la lumbre de aquel astro. Impetuoso en el campo de batalla, imparcial en la aplicacion de las leyes, económico en la direccion de la guerra, sóbrio, activo, prudente y religioso, no pocos escritores nacionales y extranjeros lo han hecho la justicia de colocarlo al frente de los soberanos de su siglo. Y la Europa, Señores, que habia oido hablar del enlace de Isabel y Fernando como de una aventura caballeresca, levantóse, llena de asombro y de júbilo, para admirar dos grandes reyes que caminaban á la Conquista de Granada.

Granada habia heredado las glorias y la fama de la opulenta Córdoba. Se ha dicho poéticamente por algunos historiadores que en ella nacian las fuentes de la vida y el regalo del alma: porque la rodeaban dos rios que se abrazaban como hermanos, en sus rocas habia huertos de flores, con sus aires se prolongaba la existencia del hombre, y la nieve de sus montañas era la blanca corona que sin cesar se ofrecia á la frente de la sultana. Amóla el Árabe con loco desvario; engrandeciola Alhamar el Nazarita; sombraron en ella la discordia Abul-Walid, Ismael y los Mohamades; y, cuando ya corria el último tercio del decimoquinto siglo, el presuntuoso Hacam intentó devolverla sus antiguos esplendores. ¡Esfuerzos vanos! La ambicion y la perfidia de Muley harán que acabo en España el último asilo de la gente mora.

Hacam, derramando sangre inocente en Zahara, en una noche de horror y de tormenta, insultó á la vez á la humanidad y al cielo, y le hirió la espada de los sobrenaturales castigos. Y en breve plazo, Señores, el estandarte de la Cruz ondea sucesivamente en las torres de Alhama, *la llave de Granada*, de aire purísimo y de pintorescos valles; en Lucena, llano fecundo entre sierras altivas; en Ronda, nido de águilas, nacimiento de rios fecundadores de ignorados oasis; en Loja, *flor entre espinas*, de cristalinos manantiales; en Vélez, recostada entre arroyos, y aspirando las brisas de la coreana playa; en Málaga, arrullada por mansísimas olas, de áuras templadas y americano suelo; en la antigua Basti, cuyos fragosos montes dirigen sus corrientes á dos distintos mares; en Almería la bella, de extensos horizontes y tradicional grandeza; en Guadix la modesta, que parece ocultarse como flor humilde, no obstante denominarse *rio de vida* por la salubridad de su clima y por la feracidad de sus vegas.

Y en todos estos lugares, Señores, ¡qué acciones tan edificantes y qué escenas tan conmovedoras! La suntuosa mezquita árabe, purificada por las ceremonias católicas, y el Crucifijo, el Altar y el Tabernáculo colocados bajo orientales techos de caprichosas estalactitas, hasta tanto que se levanten templos majestuosos para el culto cristiano. Aquellos Reyes Católicos, llorando con afliccion amarga en el primer sitio de Loja á uno de los dos Girones, uno de *los dos ángeles*, como llamaron desde niños á aquellos gemelos de la naturaleza y del valor. Fernando, noble y magnánimo con el prisionero Boabdil, adorando fervoroso la Cruz bendita en Caravaca, ejecutando en Bentomiz y en Loja hazañas dignas de ser cantadas por los antiguos bardos. Isabel, que vierte lágrimas de alegría con la libertad de los cautivos cristianos, que

consuela á los vencidos con cariñosas palabras, que enriquece los templos con ornamentos que ella borda por su propia mano, que adora frecuentemente en solemnes procesiones, y seguida de sus victoriosos ejércitos, al Dios de amor, al Verbo Encarnado, en sus magnificencias Eucarísticas.

Y según el corazón de esos Príncipes, es, Señores, el corazón de sus capitanes. Mirad cómo se forman; en un hogar creyente, en el amor de unos padres piadosos, orando de rodillas ante la cruz de sus bosques. Ved cómo se preparan para la batalla; postrándose al pie de los altares, acercándose á los celestiales convites, dedicando una salutación ó una antífona á la Madre de Dios. Así vemos á aquel Marqués de Cádiz, que llevando el denuedo hasta la temeridad, hora al dar á su pequeño hijo un beso de despedida, y lo encomienda á la protección de la Virgen María: á aquel Duque de Medina-Sidonia, que dirige á Ponce de Leon palabras de mansedumbre y de humildad, palabras todavía ménos bellas que la hermosura interior del corazón que las dicta: á aquel Maestro de Santiago, que con la vista puesta en el cielo, de esta suerte exclamaba en la fatal derrota de la Axarquía: «no huyo del enemigo: huyo la tu ira, Señor, que se ha mostrado contra nosotros por nuestros pecados:» á aquel Alonso de Aguilar, que tuvo vida de héroe y fin casi de mártir: á aquel Conde de Tendilla, tan bravo en la pelea, y que habia de ser tan dulce y tan humano en el gobierno de Granada: á aquel Gonzalo de Córdoba, que fatigó con tantas glorias á la fortuna misma, sin hacerse soberbio, y que quiso tener su tumba donde comenzó su nombradía: á aquel Don Juan de Vera, que parecia destinado á defender los misterios de nuestra fe en los palacios de la Alhambra mora: á aquel Hernan Perez del Pulgar, que lleva la aventura hasta la leyenda, y que aclamado en la batalla del Zenete como salvador de sus compañeros de armas, señala al cielo con el dedo, indicando que solo á Dios es debido aquel triunfo: á aquel Garcilaso de la Vega, en fin, cuyo recuerdo se ha hecho inseparable de las glorias de la Madre de Dios, y cuya hazaña fué precursora de decisivos triunfos. Excelentísimos Señores, he aquí hasta donde llegan, al unirse con amoroso vínculo en el corazón humano, la justicia y la misericordia; y cuando esas dos virtudes rayan á tal altura en los caudillos de un pueblo, no solo alcanza éste la cúspide de su grandeza, sino que inunda de luz y de enseñanza el camino de las generaciones.

Lamentemente, trasladándose hoy al 2 de Enero de 1492, divisa un imponente y arrebatador espectáculo. Los estandartes de Castilla enarbolados en las pardas torres de la Alhambra, y la Cruz sustituyendo á la media Luna sobre la aguja de los minaretes: un Rey de treinta años, que se despide lloroso de la ciudad amada donde tuvo su fastuosa cuna, para ir á morir en tierra extraña como un simple guerrero: unos Monarcas abrumados con el peso de sus laureles; y que solo atribuyen sus victorias al Dios de los Ejércitos, pudiendo decir con el Libro de la Sabiduría (1): *Conocer, oh Dios, tu justicia y tu poder, es raíz de la*

(1) Sap. XV—3.

inmortalidad. Pero la imaginación, tendiendo libre su vuelo, descubre más aún: ve las obras monumentales de la civilización árabe inclinarse humilladas ante la enseña del Evangelio y ante las maravillas del arte cristiano: ve esas gigantes cordilleras y esas graciosas colinas saltar de gozo: ve esos risueños cármenes revestirse de olorosas flores: y allá, bajo el azul del cielo, entre nubes de rosa y de plata, y brillando sobre sus cabezas, como un nimbo de oro, radiantes aureolas, distingue la apostólica figura de Cecilio, y los severos rostros de los Padres del Concilio de Iliberi, y al sábio Gregorio Bético y al virtuoso Regismundo, que saludan de este modo al Venerable Fray Hernando de Talavera: «Vé, Pastor dichoso, á regir tu nuevo pueblo con tu sabiduría y tu virtud: vé á ganar corazones para Cristo con la paz y con la caridad, con la misericordia y la justicia.»

Pero ya, Exemos. Señores, que en esa historia sin rival de dos lustros hemos visto hermanadas las dos santas virtudes de la justicia y la misericordia, veamos también cómo la Conquista de Granada es, por lo mismo, fuente de vida y de grandeza para España y para el mundo. *Qui sequitur justitiam et misericordiam inveniet vitam et gloriam.*

II.

La verdadera gloria de un pueblo consiste, á no dudarlo, en clovarse por la verdad y el bien, y en que se extienda la fama de su merecimiento y su grandeza, para edificación y para alabanza del mundo. *Gloria est clara notitia cum laude*, escribía San Ambrosio (1). Y bajo este concepto, Exemos. Señores, España tocó á la cima de su engrandecimiento con la terminación de su reconquista, llegando á ser como el oráculo de las naciones de la Europa, que reconocieron voluntariamente su prestigio y su soberanía, y que la llevaron unánimes los sentimientos de su gratitud y las aclamaciones de su entusiasmo.

En primer lugar, la Conquista de Granada permitió á nuestra patria el reposo indispensable para afianzar mejor en su seno el bienestar y la ventura. Con la Conquista de Granada se realizaba, ante todo, el ideal bellissimo de la unidad religiosa, que es ciertamente el más preciado tesoro de un Estado cristiano, y nuestra Península alcanzaba asimismo la unidad nacional, que habia costado tantos siglos de lucha y tanta sangre de héroes. Con la Conquista de Granada, aquellos lazos dulcísimos que, hacia ya algunas centurias, se estrechaban de día en

(1) Sup. epist. ad Romanos.

dia entre la corona y el pueblo, se hicieron aún más íntimos: y aquella alta nobleza, muy pocos años antes turbulenta y desleal, obligada ahora por las singulares prendas de sus reyes y ennoblecida en los campos de batalla, fué á cultivar también su entendimiento en el recinto de las Academias. Con la Conquista de Granada, Isabel pudo dar á sus súbditos la mayor suma posible de libertad política; pudo buscar con diligencia el talento y la virtud, para enaltecerlos y recompensarlos; pudo disminuir los tributos, fomentar la industria y el comercio, y hacer de nuestras grandes ciudades el emporio de fabulosas riquezas. Con la Conquista de Granada, por último, aquella Reina excelsa pudo favorecer cumplidamente la empresa de Colon, ese coloso que se destaca en medio de los siglos, con un pie en la Edad Media y otro en la Edad Moderna, ganando nuevos mundos para la fe del Evangelio, y cuyas raras virtudes, inseparables siempre de sus convicciones científicas, y encomiadas hoy más que nunca por muchos Pastores de la Iglesia católica, no tardarán acaso en merecerle la veneración de los fieles en los altares de los Santos.

Después de esto, Señores, la Conquista de Granada tranquilizó á las Naciones Europeas contra los fundados temores que debía inspirarles el creciente poderío de los Emperadores turcos. Para apreciar esta reflexión en todo su valor, preciso es recordar que Mahomet II se apoderó de Constantinopla en 1453, sorprendiéndole la muerte cuando soñaba con la conquista de la Italia; que Soliman arrebató la ciudad de Rodas á los Caballeros de San Juan, y subyugó la mitad de la Hungría; que el pirata Barba-roja pretendía hacerse rey del Mediterráneo, soñoreándose de sus Islas; y que Selim II tomaba por asalto las ciudades de Nicosia y Famagusta, renovando el impío y célebre juramento de Mahomet de hacer piafar su caballo bajo las bóvedas del Vaticano. Pero con la total expulsión de los moros en nuestra península, los berberiscos, protegidos de los Sultanes, se encontraron privados del apoyo de las costas granadinas; al paso que la España, llegada al apogeo de su gloria, pudo tomar la ofensiva contra el Islamismo en el África. Suprimid por un momento la Conquista de Granada, y no tendreis la página gloriosa de Mazarquvir, ni vereis al Cardenal Cisneros plantando el estandarte de la Cruz en Orán, ni á Carlos V vencedor en Tunez, ni allí, muy cerca de las costas de la Morea, entre las rocas de Lúcadés y el cabo de *Actium*, en las irritadas olas del mar Jónico, las galeras venecianas y las naves españolas, al mando de aquel Príncipe invicto que al valor del Cid Ruy-Díaz juntaba la piedad de Godofredo de Bouillon, hubieran podido dar á la cristiandad entera la gloriosísima fecha de Lepanto.

¡Sombras augustas de Isabel y Fernando, monarcas sin segundo; de Miguel Gislieri, Papa inmortal; de Don Juan de Austria, dechado de príncipes católicos; de Marco Antonio Colonna y de Andrés Doria, modelos de aquellos caballeros italianos tan amantes de los Vicarios de Cristo; de Miguel de Cervantes, manco sublime que, al perder tu brazo por la causa de la fé, pareciste recibir como en indemnización la

gloria de eternizar tu nombre! ¿Qué se ha hecho de vuestros nobles sacrificios? ¿En qué han venido á parar vuestros costosos triunfos? ¿Por qué no ha sido mayor y más fecundo el fruto de vuestros inauditos esfuerzos? ¿Cómo los conquistadores de Constantinopla, los profanadores de Santa Sofía, vencidos en Lepanto, casi aniquilados luego bajo los muros de Viena y en los campos de Petervaradin, pueden habitar todavía en las orillas del Bósforo, que vieron desplegarse al viento el *Lábaro* de Constantino, y que oyeron tantas veces las elocuentísimas predicaciones del Crisóstomo? ¡Ah, Señores! Hace ya algunos siglos que las intrigas de la diplomacia, y más aún los intereses y riquezas del Protestantismo, sirviendo á la fuerza contra el derecho y al cálculo contra la justicia, se empeñan en mantener ese Imperio afrentoso en la Europa de los Cruzados: pero lo más extraño del fenómeno es que numerosos católicos anhelaban, no ha mucho, los triunfos de los sucesores de Soliman y de Mahmoud. Y es que los espíritus generosos no pueden decidirse á preferir la victoria del dogma mutilado contra la falsa creencia, del Cisma contra el Corán, del apóstata contra el infiel. No; si sobre los alminares de la antigua Stambul no ha de sonar la graciosa oración del *Angelus* con todo el fervor de los Cruzados de la Palestina; si dentro de las mezquitas turcas no se ha de elevar culto á la Madre de Dios con toda la significación y la sencilla majestad de las festividades católicas; si en las Basílicas griegas de la Rusia no ha de desaparecer la siniestra figura de Miguel Cerulario, para ser reemplazada con el Sucesor de San Pedro, centro de la unidad y Cabeza Suprema de la Iglesia de Cristo, yo no acertaría hoy á formular mi pensamiento, porque no sabría escoger entre Focio y Mahoma, y me contentaré con poner mi confianza y mi juicio en la Sabiduría infinita del Señor y en los arcanos de su Providencia.

Sí, Excemos. Sres.: así como recrea y dilata el espíritu ver á un pueblo poderoso emplear su fuerza por la causa del bien y la justicia, *ut bonum promoveatur vel ut malum vitetur*, que es la hermosa divisa de la Iglesia Católica, así es triste y desconsolador ver príncipes y políticos que hacen correr á torrentes la sangre de sus guerreros y las lágrimas de sus madres, tan solo por el placer mezquino de humillar á una nación rival, ó por la ambición desenfrenada de agrandar su mapa. Y cuando la ambición se ha saciado, ó la vanidad se ha satisfecho, la paz que se sucede no es nunca la paz cristiana, como la que hoy celebramos, y con la que toman al par vida la ciencia, la ley y la abundancia: es el equilibrio europeo, frase engañosa, situación insegura y violenta como su nombre, y que solo se sostiene mientras no se despierta otra vez en el fuerte la sed de una provincia ó de un reino, ó no se medita alguna otra maquinación tenebrosa en los consejos de los gabinetes.

¡Oh, vosotros, días felices en que los soberanos y los pueblos hacían á la Iglesia y á sus Pontífices árbitros de sus querellas, ¿por qué pasásteis? Todos los buenos lloran desde que los implacables enemigos del Derecho cristiano han demolido los altares de la caridad y la paz

verdaderas. ¡Ah, y si para combatir esa forma internacional (si es lícita la frase) de la ambición y la soberbia, ó para aplastar la hidra de la envidia y el ódio, los reyes y las naciones aceptasen, como Código internacional también, un *Tratado de la paz*, (1) compuesto con las máximas del Evangelio y con las sentencias de los Pontífices, de los Concilios y de los Santos Padres, cuánto ganaría la causa de la humanidad y cuán dichoso se consideraría el Catolicismo!

Hoy el cetro de la Europa puede decirse que está en manos de cismáticos, de herejes, de usurpadores y revolucionarios: y si muchos príncipes que se dicen católicos han dejado de llevar á la Iglesia y su Pastor supremo los decididos homenajes de respeto, de amor y gratitud de otros tiempos, mucho menos podremos esperar que los soberanos que no profesan la doctrina católica reconozcan en el Vicario de Cristo al Maestro de la verdad y al Pacificador de los pueblos. Pero yo afirmo, Señores, que las naciones que se encumbren desoyendo sus ruegos, menospreciando su enseñanza, venciendo en guerras injustas, asolando sin piedad, imponiendo condiciones sin misericordia, esas naciones, digo, no serán nunca verdaderamente grandes, ni su poderío será jamás la gloria. Dirigid, si no, por un instante vuestra mirada, en estos últimos siglos, á las violencias mil de la Reforma, á la desgraciada Polonia, al nuevo Imperio germánico y á la moderna Italia, y decidme si no es odiosa y execrable la fuerza que oprime y que despoja, y si no interesan y conmueven á todas las almas rectas la resignación del oprimido y la dignidad del despojado!

Volviendo ya, Excmos. Sres., al argumento de mi discurso, del cual me ha llevado harto lejos la excitación de mi ánimo, yo debo manifestar ahora que si la conquista de Granada cubrió á la España y á la cristiandad de gloria inmarcesible por la suerte de las armas, ella elevó igualmente nuestro progreso intelectual hasta un grado que asombra. La Italia pretendía entonces hallarse á la cabeza del movimiento científico de Europa; pero la ciencia de los hombres del reinado de los Reyes Católicos era mucho más pura que la de los sábios de la culta Italia, porque no estuvo nunca inficionada con la perniciosa literatura del Renacimiento.

En el reinado de Isabel I brillaron en las ciencias eclesiásticas aquel Victoria que admiró á la Francia y que nos legó á Melchor Cano, aquel Fray Juan Perez de Marchena que sostuvo el ánimo desfalleciente de Colon hasta que le alcanzó el día de su gloria, aquel Jimenez de Cisneros que tanto honró á la Universidad de Alcalá y que protegió la edición de la Políglota Complutense. En la legislación descollaban Montalvo, Ramirez y el célebre Galindez de Carvajal. En las lenguas sábias sobresalían Lebrija y Arias Barbosa: en las letras Vergara, Zamora,

(1) Este magnífico pensamiento, que conservamos indeleble en la memoria, está aprendido en alguno de los preciosos Estudios, (no recordamos cuál), que, con no largo intervalo, han publicado en Francia Luis Veuillot y Leon Gautier, nombres que serán eternamente caros á la religión y á la literatura.

Coronel y Lopez de Zúñiga. En la poesía admiramos la sencillez y la dulzura de los bellísimos romances moriscos, las ligeras y graciosas composiciones de Lopez de Haro, los dramas de Rodrigo de Cotta y Fernando de Rojas. En las bellas artes se distinguió Antonio del Rincon, Juan de Juanes, Berruguete, Borgoña y Siloe, y habia ya nacido el inmortal Herrera. Isabel hacia escribir á Palencia su *Diccionario*, á Valera su *Geografía*, á Pulgar sus *Crónicas*, á Pedro Mártir sus *Décadas*. Florecían las famosas Academias de Sevilla, Toledo y Salamanca; y la deuda que teníamos contraída con la Italia, por habernos dado á Mártir, Marinco Siculo y los Geraldinos, se la habíamos de pagar liberalísimamente enviándole tantos privilegiados talentos, desde Encina y Soto hasta el Abate Juan Andrés. De estas instructivas escuelas debían salir, para pasmar al Orbo, aquellos sábios celeberrimos de Trento que abarcaron todos los conocimientos teológicos y filosóficos de su época: Lainez, Salmeron, Carranza, los Sotos, Cano, Covarrubias, Azpilcueta, Agustin, Arias Montano y Pacheco. Allí bebieron también sus inspiraciones Maldonado, Mendoza, Morales y Zurita: Luis Vives, rival de Erasmo y de Budeo: Fray Luis de Leon, Fray Luis de Granada, Malon de Chalde y Sigüenza: Boscan, Garcilaso y Cetina, y hasta Lope de Vega y Cervantes.

¡Ah, Señores Excmos., y cuánto difiere esta ciencia tan sóbria y tan fecunda de esa ciencia orgullosa que hemos visto salir de los más oscuros abismos del espíritu moderno, informado á su vez en la herejía del libre exámen! Esa ciencia funesta, que ha presumido forzar hasta los impenetrables secretos que Dios guarda como Rey Creador é Increado; que, invirtiendo el orden psicológico, ha hecho del pensamiento el esclavo de la imaginación, declarándose luego ámbos enemigos de la verdad; que, á semejanza de la religión árabe, la cual hacia prosélitos por la sensualidad, gana la mayoría de sus adeptos por el sensualismo, si es que no se declara también fatalista como aquella, señalando á cada una de nuestras acciones mil motivos que encadenan la libertad humana; esa ciencia, repito, ha venido á condensarse de este modo: errores sobre la religión, sobre la filosofía, sobre la historia; impiedades sobre la Iglesia, sobre el matrimonio cristiano, sobre el hogar doméstico; delirios sobre el poder, sobre la propiedad, sobre el derecho: errores, delirios é impiedades que forman como la *trilogía* abominable y sombría con que el espíritu del mal ha venido á fascinar en nuestro tiempo á los pueblos y á los individuos, y que se representa á mi mente como el volcan del monte Hecla, terrible como terminado en tres puntas, por las que arroja su lava, y cuyas grietas, sin embargo, están llenas de nieve.

Bien sé, Señores,—y ¿quién podrá ignorarlo?—que los enemigos de la Iglesia ponderan locamente las preciadas conquistas y los adelantos materiales de ese espíritu moderno, que no es creyente ni humilde. ¡Ah! Yo no puedo ya detenerme á establecer una distinción luminosa entre las verdaderas civilizaciones que la Iglesia ama, porque la Iglesia ha amado siempre la ciencia y el verdadero progreso, y esas culturas

refinadas y estériles, indicio cierto de la decadencia de las razas y de los imperios; pero puedo, sí, dirigir á todos los hombres sensatos esta pregunta sencilla: ¿Qué civilización es la nuestra, que, alumbrando tanto, no deja ver los caminos de la sabiduría; que, corriendo tanto, no alcanza las realidades del bien; que, produciendo tanto, empobrece más y más á los pueblos; que, poseyendo tanto, todo lo deposita en las arcas sin fondo del vicio y de la iniquidad? Señores, el ave necesita para volar de sus dos alas: la razón y el sentimiento, regulados por lo sobrenatural, son como las dos alas de la vida del hombre; y cuando una de ellas está herida, en vez de remontarse á regiones serenas, solo consigue arrastrarse por un suelo fatal, en el que las pasiones desencadenadas parecen apagar hasta el instinto de la conservación, hasta el deseo de ese bien desconocido que el alma va buscando sin cesar en su peregrinación sobre la tierra, y que no se puede realizar sino en las moradas eternas.

Resumámos ya, Señores, este largo discurso, cuyo pensamiento culminante ha sido explicar una hermosa sentencia del Libro de los Proverbios; á saber, que la idea de la verdadera gloria es de todo punto inseparable de los justos títulos con que llega á adquirirse. La conquistada de Granada, emprendida por el celo de la religión y por el amor á la patria, y consumada por reyes y por caudillos que, en medio de un valor heroico, tenían siempre fijo su pensamiento en Dios y perdonaban al vencido por el amor de Jesucristo, enseñó al mundo unidas las excelencias de la justicia con las ternuras de la misericordia. Por eso, con la realización de tan grandiosa empresa, España logró vivir en todas las esferas la plenitud de la vida, y el claro sol de su fortuna y de su gloria tuvo rayos bastantes para regenerar la Europa y para llenar el mundo. *Qui sequitur justitiam et misericordiam, inveniet vitam et gloriam.*

Excmos. é Ilmos. Sres.: es destino de nuestra patria salvar á las naciones europeas de las grandes catástrofes: que en menos de cuatro siglos, ella las ha librado de las irrupciones del Islam, de la completa invasión de la Reforma protestante, y acaso de la dominación universal de Napoleón I. Hoy los más poderosos reinos de la Europa están también colocados al borde de un abismo, porque se ven agitados por ideas funestísimas, y los propagandistas del mal diríase que buscan su apotheosis en la perpetración de grandes crímenes. Pues bien: en este naufragio inminente del orden y de las instituciones, nosotros, Sacerdotes del Catolicismo, combatiremos con todos los recursos de la ciencia teológica y de la filosofía cristiana esa conjuración sin ejemplo, donde el incrédulo lucha contra el dogma, el impío lucha contra la virtud, el hereje lucha contra la Iglesia, el revolucionario lucha contra la autoridad, y el comunista, vándalo de su propia grandeza y de su propia dicha, se revuelve á la vez contra la religión, la patria y la familia. Vosotros, representantes de la potestad civil, honrad á la Iglesia Católica, que es el mejor escudo y el más firme sosten de la autoridad de los príncipes: desplegad una imparcialidad y una rectitud á toda prueba.

en el puesto que debeis á la confianza de vuestros conciudadanos: haced siempre una política levantada y digna, donde las pasiones y las miserias se sacrifiquen ante las aras del bien comun, cual cumple á la altivez castellana y á la hidalguía española; y ¿quién sabe? acaso una vez más sea timbre de gloria altísima para la católica España ver estrellarse contra los muros de nuestro patriotismo y nuestra fe los desesperados esfuerzos del espíritu del mal y del error, renovándose aquel suceso providencial y magnífico de debernos su salvación el Occidente.

Y vosotros todos, Señores, oidme bien, que yo he de repetir aquellos pensamientos con que he dado principio á mi discurso. Los héroes que llevaron á cabo la obra de la restauración de España y que reconquistaron este privilegiado suelo, eran hijos amantísimos de la Iglesia Católica; y aspirar á hacerse partícipes de laureles alcanzados por ellos bajo las banderas de la Cruz, bendecidas con las ceremonias de nuestra liturgia, sólo se puede concebir en cristianos y católicos. Sin duda que en el seno del Catolicismo pueden morar tranquilamente hombres que profesen distintas opiniones y que acaricien distintos ideales políticos; porque él es como un campo neutral, el recinto seguro y civilizador, donde caben todos los sanos productos de la inteligencia y del genio; pero esos hombres han de admitir, como condición imprescindible, todo cuanto cree y enseña la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana; esto es, para lavar su mancha primitiva, la fuente cristalina que en todas partes brota, las aguas del Bautismo: para purificar su alma, un asilo de regeneración, el Sacramento de la Penitencia: para saciar el hambre de su espíritu, una mesa abundante, la Mesa Eucarística: para inundar su sér de los más fecundos amores, una maternidad tiernísima, la maternidad de María: para conservar la unidad de la fe, y no extraviarse nunca en las investigaciones de la razón, una Iglesia docente, y un Vicario de Cristo, Pontífice al par que Rey; como Pontífice, infalible, y como Rey, el más grande de los Reyes.

¡Y Tú, oh Dios y Señor mio! Nosotros caemos de rodillas delante de Tí, adorando los secretos de tu Providencia, que cuida desde la flor y el ave hasta el hombre y el cielo. ¡Señor! Nosotros reconocemos los especiales beneficios de que has colmado á esta Ciudad predilecta, y todos sus católicos hijos elevamos hasta tu Trono, con las espirales de humo del incienso sagrado, nuestras oraciones Eucarísticas. ¡Señor! Nosotros te llevaremos desde este día, como testimonio de gratitud ferviente, los homenajes de nuestra fe y la ofrenda de nuestras virtudes: y nuestras postreras palabras serán las de aquel Himno inspirado que, para conmemorar este día inolvidable de la justicia y la misericordia, habrá de resonar perpétuamente en este hermoso Templo. «Á Tí, Señor, Te alabamos, y nuestra lengua y nuestro corazón confesarán eternamente tu Nombre.» TE DEUM LAUDAMUS, TE DOMINUM CONFITEMUR. AMEN.

O. S. R. E. C. H. S.

